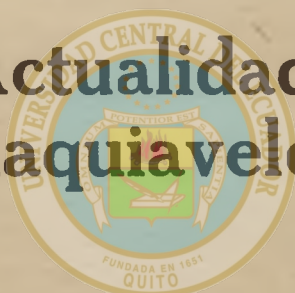


GUSTAVO ADOLFO OTERO

La Actualidad de Maquiavelo

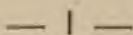


ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LA ACTUALIDAD DE MAQUIAVELO



Aquella tarde de Agosto de 1936, en que alumbrado por los últimos resplandores del sol a la vez dulce y melancólico de Florencia, visité la iglesia de la Santa Cruz, que como todos los templos italianos del Renacimiento, palpita de sensualidad pagana y de la gracia del arte, me detuve ante la tumba de Nicolás Maquiavelo, que en la sobria leyenda de su lápida funeraria, encierra uno de los más altos homenajes que se pueden tributar a un escritor: "TANTO NOMINI NULLUM POR ELOGIUM". Hasta entonces todo lo que sabía de Maquiavelo, era el adjetivo derivado de su nombre, para designar a un político pérfido, astuto y protervo, oscilando en mi espíritu la infamia del mito con la deformación de la historia, siendo de todos modos su apelativo sibilino, cargado de sugerencias. Fué en aquella visita que nació en mi vida una tensa curiosidad de acercarme a la figura humana de Maquiavelo, a su vida y a su obra. La inquietud mental, fué aplacada por la amplia bibliografía italiana y extranjera que pude coleccionar y sobre la que he puesto a lo largo de los años una mirada de meditación, aunque siempre sometido al sirenismo tentador de escribir sobre el genio maléfico de Maquiavelo, que es para unos, y sobre el santo del nacionalismo, que es para otros. De aquí que los alumnos del Instituto Ecuatoriano de Derecho Internacional de la Universidad de Quito, amablemente me solicitan una conferencia sobre un tema adecuado a sus disciplinas de estudio. Así, pues, agradecido por la gentileza de los jóvenes universitarios no voy a desarrollar una conferencia, sino más bien, una confidencia de mis aventuras mentales en torno del gran italiano, que he titulado "La Actualidad de Maquia-

velo". Para el ciudadano, para el político y para el diplomático, en efecto, no hay tema más actual que el Gobierno, las relaciones entre los pueblos y sobre todo la forma de alcanzar el poder, mantenerlo y realizar desde su altura la voluntad de mando, al servicio de la colectividad y de la patria. De aquí que Maquiavelo, tema situado en la lejanía del horizonte histórico del siglo XVI, en el Renacimiento vive y palpita en la actualidad contemporánea, siendo un asunto siempre viejo y siempre nuevo, pero también eternamente actual y resplandeciente de novedad.

— II —

Entre la multitud de autores que se han ocupado de Maquiavelo, ninguno ha dirigido su mirada, para examinar su figura y carácter, limitándose todos a emitir juicios desde el punto de vista de la simpatía, desde los incensados ambientes del elogio o desde la caverna dantesca del odio. Creo que la clave de la explicación de la obra de Maquiavelo, reside en reconstruir su psicología, porque no se debe olvidar que las fuerzas biológicas con su gobierno permanente sobre el individuo son las que crean el fondo invariable de la personalidad. Nuestras vidas están condicionadas por el funcionamiento del sistema vital y nuestros destinos también están sujetos a su determinismo. Somos lo que la naturaleza ha hecho de nosotros. Con esto, no quiero desesperar de la pedagogía, aunque es necesario reconocer sus límites y aprovechamiento que ella realiza de las formas típicas del individuo. Todavía el hombre constituye un arcano insondable, y más elementos de juicio nos ofrece para comprenderlo el hombre mismo, que acercarnos a su formación cultural y a su obra, realizada por procedimientos intelectuales.

Analícemos los retratos pictóricos de Maquiavelo. Era de estatura mediana, de huesos delicados y finos, de musculatura cenceña y flácida. Su color verdoso acentuaba la palidez de su rostro y la blancura de sus manos, que eran armoniosas y pequeñas, dando la impresión de cuidada belleza. Su pecho era algo deprimido, y en la madurez lucía en su abdomen, sin mucha opulencia los perfiles de la curva llamada de la felicidad. Su rostro casi esférico, está ocupado sin tener proporciones eurítmicas por su frente alta y de noble arquitectura, sin calvicie. Su nariz larga, de alfanje, gravita hacia la punta carnosa, los pómulos relevantes, la boca

grande, de labios trazados con una elástica y larga pincelada roja, y el mentón apretado de líneas estrictas y reducidas. Sus cejas perfiladas dan sombra a sus ojos aquilinos, de mirada picaresca e irónica, que tiene suspensa en su luz una expresión punzante. Según sus retratos Maquiavelo tenía una cara llena de interés adornada por la fealdad. No debemos imaginarnos que Maquiavelo vistió con las aparatosas galas que acostumbraba lucir los embajadores, pues, el famoso secretario florentino, fué un funcionario diplomático de segundo orden, a quien le confiaban misiones que no eran de alta y solemne investidura. No obstante de esto, Nicolás amaba los suaves brocados, los terciopelos acariciantes, y los paños lustrosos. En sus buenos tiempos de diplomático en funciones, vestía con discreta y lujosa elegancia, y en los malos, en el destierro de San Casiano como homenaje y respeto a su función de escritor, por las noches en la soledad de su estancia, para trazar sus cuartillas se adornaba con sus mejores galas, mientras durante la jornada diurna, era fácil confundirle por su pobre indumentaria plebeya con los labriegos y los visitantes de las tabernas. El continente de Maquiavelo está sustentado por su aire de modestia digna, al par que de orgullosa altivez, sin teatralidad, ni afectación, porque Nicolás detestaba todas las formas de patetismo, así en la vida como en su estilo, que fué todo menos retórico.

Maquiavelo, como aconseja Dante, tiene el oído sutil y archiva en su memoria feliz todo cuanto escucha. Este mundo adquirido, se enriquece y acrecenta con sus incesantes lecturas y por el conocimiento de los hombres, formando el equipo cultural de Nicolás, que no es un erudito, al estilo de los monjes medievales y de los propios investigadores del Renacimiento. Es un sabio humanista en el sentido que daban los griegos a la sabiduría y los franceses a la palabra "saggese". La inteligencia de Maquiavelo no sólo fué un precioso instrumento de comprensión, de luz creadora y un rayo penetrante, sino que se ofrece como un proteo capaz de adaptarse y de transformar para sí el mundo externo.

Estremeció su cerebro con el vuelo de la fantasía creadora, puesta al servicio de combinar elementos de la política, tal como lo haría pintando Leonardo de Vinci o esculpiendo sus estatuas gigantes, jugosas de vida y plenitudes Miguel Angel. Como político y diplomático, debido a saber barajar los hechos y las oportunidades, era un hombre de recursos, el estratega hábil, invencible en construir nuevas situacio-

nes e infatigable creador de planes. La capacidad razonadora de Maquiavelo, tiene las características de un poderoso caudal, que aplicado a los dínamos del juicio y de la lógica, imprimen a su cerebro la fuerza de un centro poderoso de irradiación mental. Pero, por encima del aliento razonador de Maquiavelo, descubrimos su maravillosa intuición, que actuando al lado de sus formas mentales constructivas, hace que sea dueño de un aparato preciso y de exquisita sensibilidad. La función volitiva de Nicolás se revela como energía de su dinámica espiritual, aplicada al trabajo de pensar y escribir. Tiene la voluntad en función de crear formas estéticas como el pintor y el músico. Es una voluntad coloreada por la llama de la emoción.

Maquiavelo era hombre de un gran fondo sensible, como revela su rostro de líneas ceñidas, la expresión de sus ojos y el livor de sus ojeras nos descubren su sensualismo. Era una vitalidad nerviosa exquisita, tan fina que tenía características enfermizas, que muchas veces le hacía aparecer ante los demás como desollado, sin esa epidermis un poco dura que Mirabeau aconsejaba a los políticos y a los hombres que tienen que andar por el mundo en medio de sus semejantes. Era un temperamento rico y de complejas esencias, enraizado de una intimidad biológica vigorosa, que funcionaba por las descargas de una cadena endocrina armónica.

Para definir la personalidad de Maquiavelo, lo que interesa es situar la posición jerárquica de sus ingredientes psicológicos que la integran. Es precisamente en esta escala de valores, de predominio de unos elementos psíquicos sobre otros, donde encontramos la clave de la personalidad de Maquiavelo. En su caso se observa que manda despóticamente la inteligencia sobre todos sus atributos psicológicos, caldeada por una poderosa sensualidad. Así la inteligencia de Maquiavelo adquiere formas sorprendentes que le presentan como dueño de un arma diabólica. Su ironía y su genio humanístico, eran el fruto ácido de su inteligencia crítica sometida a la constante prueba de la acción. La memoria de Maquiavelo es una bella ama de casa, que se ocupa de alimentar y atender a esa insaciable y voraz inteligencia. En tercer plano la voluntad, actúa para dar movimiento a su mecánica íntima. Aquí es donde creemos encontrar el secreto del espíritu de Maquiavelo. Este predominio de la inteligencia sobre la voluntad y sobre la memoria, lo tipifica

como un intelectual puro, apto para el manejo del pensamiento y de las ideas, de análisis y de la síntesis, de la generalización y de la crítica, de la tasa y discriminación de valores de todo orden, especialmente de los valores políticos, estéticos y sociales. De este modo Maquiavelo es el tipo del intelectual que carece de la voluntad de poder y de mando ante los hombres. Todo el empuje de su carácter lo aprovecha y orienta al trabajo estético de crear. Así, sin ser Maquiavelo un abúlico no se le puede considerar como un hombre de carácter enérgico y decidido. Esta es precisamente la grandeza y pequeñez de Maquiavelo. Grandeza de su inteligencia y pequeñez de su voluntad, constantemente debilitada por la tentación del amor, del lujo y de la vida cómoda. Sin embargo esta voluntad, contenía las suficientes virtudes para nutrir su orgullo intelectual, que fué el eje de su vida, de tal modo que su modestia nunca se conjugó con la humildad. Ahora es ya fácil explicarse aquello que muchos de sus críticos han llamado las contradicciones del carácter de Maquiavelo, siendo así que lo necesario, era descubrir las jerarquías y situar sus valores psicológicos en la correspondiente escala. Por esto, es que Maquiavelo no fué un conductor, ni un tirano, ni un caudillo capaz de poner en práctica cuanto escribió y que conociéndose a sí mismo dice: "No pudiendo gobernar la sociedad humana, escribo estas obras para que ellas se gobiernen".

De la lectura de las páginas de Maquiavelo, de su poderosa influencia a través de los siglos, ejercida sobre personalidades eminentes, se llega al conocimiento que este escritor notable, fué un hombre de genio. Fué el genio de la inteligencia superior, dotado de un talento extraordinario para el análisis, de fuerza de penetración en la entraña de los hechos y en la intimidad de las almas. Este genio supercrítico, animado de un extraordinario poder de síntesis y sobre todo de un alto espíritu genésico en constante avatar de grandeza.

Ahora nos quedan todavía algunas formas complementarias de la psicología de Maquiavelo. Daba la impresión de un hombre contradictorio y complejo, de gran movilidad, porque era un tipo humano de esos definidos como taquipsíquico, que sabía multiplicar su personalidad. Dedicaba una celosa vigilancia al tesoro de su castillo interior, refugio espiritual y arca donde guardaba el tesoro de sus meditaciones y pensamientos. Este hombre interior era diferente al

personaje sociable, extrovertido, lleno de alegría y cordialidad, que contaba anécdotas al estilo de Boccacio y esparcía epigramas que tenían el sello de la risa sarcástica de Pietro Aretino. También era distinto al funcionario burocrático de mirada sagaz, para el detalle, consignado en el documento. Era diverso al proscripto y al pretendiente de cargos. Pero, aun era otro, aquel Nicolás refinado, catador de buenos vinos y de exquisito paladar para los manjares, y que sabía dispersar sus horas frívolamente en compañía de alegres jóvenes perfumadas de salud y de belleza. Era todavía un personaje nuevo cuando actuaba como diplomático, como negociador o simplemente como espía. Y luego, como se dijo en el Vaticano, Maquiavelo era el oscuro libelista que dedicaba su genio al teatro en sus momentos de ocio. Maquiavelo fué un pensador laico, para quien la religión no entraba en juego en el campo político. Algunos le consideran que era intimamente ateo en el sentido pagano y otros un espíritu liberal, que conciliaba la creencia religiosa con el laicismo, presentándose, igual que Erasmo o que Tomás Moro, como un anticlerical. Esta personalidad proteica de Maquiavelo quedaría justificada con la observación de Schopenhauer, quien sostiene que cada hombre en el mejor de los casos somos tres: el que nos creemos vanidosamente, el que somos en realidad y el que nos creen los demás.

Pero, es curioso percibir, que Maquiavelo, por encima de todos estos plurales cambios y de la variedad de aguas que muestra su personalidad diamantina, ofrece otros aspectos en reacción frente al medio circundante: era ante todo y sobre todo un realista, que pensaba como hombre de acción, extrayendo de la cantera de la vida humana bloques, para cincelar sus estatuas. Era un político y diplomático vocacional, que había nacido para especular y teorizar sobre los seres humanos.

Además, fué un hombre sincero. Podrá llamar la atención el que defina a Maquiavelo como un hombre de sinceridad, al consejero de la falsía y de la farsa. No se puede pensar que un hipócrita hubiese escrito "El Príncipe", porque el verdadero maquiavelismo había sido no escribir ese tratado. Dando alguna amplitud a las palabras podría decirse que Maquiavelo fué un cínico en el sentido que dan a este vocablo los corifeos de Diógenes y los actuales existencialistas de Sartre.

A Maquiavelo, finalmente, para acercarnos a su personalidad con los ojos actuales, hay que apreciarlo como un pagano redivivo, que sentía la tórrida vitalidad de la perfección helénica, y que fué la síntesis del sensualismo del Renacimiento.

— III —

Importa ahora situar, aunque sea en forma fugaz el concepto antropológico de Maquiavelo. No pocos críticos que se han ocupado del autor de "El Príncipe", han creído percibir que tenía una idea melodramática del hombre, es decir, que lo consideraba en su psicología, vaciado de una sola pieza y contenido, como un ser malo, preparado para la perversidad. Era así el antagonista anticipado de Rousseau, quien pensaba que el hombre nacía infinitamente bueno y que era la sociedad la que por su influencia lo reducía a la corrupción y a la maldad. Pero, penetrando sin prejuicios en la obra de Maquiavelo se observa que su idea sobre el ser humano, fué la que tuvieron muchos pensadores del Renacimiento, es decir, que sostenían que el hombre no era bueno ni malo, sino una criatura que reaccionaba de acuerdo a las situaciones del mundo circundante. Quien explica mejor que nadie esta comprensión humana que tuvieron las gentes en el Renacimiento, es Shakespeare, que en su teatro pinta a los hombres como seres en los que se mezclan todas las formas psicológicas y emocionales y donde se confunden los perfiles de la línea recta del bien con los volúmenes del mal, comprobándonos en esta forma que no existe el hombre esquemático, reducido a la perfección infernal, ni los buenos idealizados por la luz celeste de los ángeles.

Para comprender en todas sus dimensiones el concepto antropológico de Maquiavelo, recordemos que al definir el Príncipe lo asimila a la imagen del centauro Chiron, mitad hombre, mitad bestia. Ser superior que ha conquistado los atributos de la cultura, la espiritualidad y el idealismo, haciendo que su grandeza sea más noble y más completa que su irracionalidad, y luego como la bestia que se comporta con la fiera agresividad del león, la crueldad del lobo, la astucia de la vulpeja y la engañosa habilidad del zorro. En este sentido Maquiavelo nos recuerda que el hombre en su mecanismo vital, posee el mismo patrimonio biológico que los animales, provisto de un estómago, de un sexo, que es

brutal, egoísta, codicioso, implacable con el débil y temeroso con el fuerte.

El hombre, es considerado por Maquiavelo como la expresión de una figura eterna, es decir, que se conserva fiel a su propia realidad a través del tiempo y del espacio, de los meridianos y de las latitudes geográficas, climas y diferencias de colores de la piel, y que tiene por común denominador una idéntica estructura psicológica. Es el hombre clásico, que parece inmutable y siempre semejante a sí mismo, sobre todo en sus instintos, en sus deseos, en sus pasiones incolmables y en el fondo profundo del continente oscuro, que hoy se llama el subconsciente. Este es el hombre eterno, mitad bestia y mitad hombre, que tiene como formas de expresar su conducta por actos morales, pero que la presencia de la ética solo actúa sin vencer el sirenismo de la tentación. He aquí que Maquiavelo nos lleva a la idea de que la moralidad no es consubstancial con la naturaleza humana, porque la ley ética es un precepto de orden exclusivamente razonador e intelectual, mientras que la vida está guiada por el placer, por el interés, las necesidades y los egoísmos. Es por esto, que la antropología de Maquiavelo está basada en la insaciabilidad de los deseos humanos, siendo la antípoda de la doctrina del deber, y para ello, precisamente separa la moral de la política, al hacerlas funcionar en áreas distintas y lejanas.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El concepto de Maquiavelo sobre el hombre, antes que moral o político, responde a las formas de índole relativa y a la antropología social. La raíz y esencia del hombre, para Maquiavelo reside en la voluntad de poder, y estima como Nietzsche que "todo lo que eleva en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo, es lo bueno; que la felicidad es el sentimiento de lo que aumenta el poder y el sentimiento de haber superado una resistencia, y en fin, que los débiles y los fracasados, deben perecer". De este pensamiento de la voluntad de poder en Maquiavelo, deriva el homenaje y estima que rinde a la "virtú", palabra que no significa traducida del italiano actual a nuestra lengua "Virtud". La "virtú" en el Renacimiento expresaba la suprema manifestación de la voluntad humana, puesta de relieve por la fuerza. El hombre de "virtú" es el que posee la vitalidad de la naturaleza y actúa como energía viva. Así César Borgia, era para Maquiavelo un hombre de "virtú",

que fué la encarnación de la voluntad en su grandeza puesta al servicio de la creación del poder.

— IV —

El fenómeno intelectual de Maquiavelo, contiene una inagotable fuente de incitaciones y estímulos. En este aspecto se presenta como heredero de ciencia, espíritu formativo y sembrador original, que establece el hecho de existir el maquiavelismo antes y después de Maquiavelo.

Se sostiene por algunos tratadistas que han estudiado al florentino genial, que fué un cerebro despojado de cultura y erudición, que no sabía nada y que comprendía todo. Otros lo pintan como el hombre que acumulaba su ciencia y sus conocimientos a medida que escribía sus obras.

Investigaciones más nuevas y sobre todo más objetivas han traído aportes inéditos sobre la formación mental de Maquiavelo. En su obra, es indudable, que ella no sólo es fruto de su genio, sino de la herencia cultural que recibió. Sin explorar profundamente en la entraña de la obra histórica, política y literaria del ilustre florentino, se puede percibir que recibió la influencia de la sabiduría griega y latina. El pensamiento político y social de Maquiavelo hay que encontrarlo en las fuentes del sensualismo griego de Epicuro, basado en la necesidad, el egoísmo y el interés. Siguiendo esta línea de la filosofía basada en el placer, Maquiavelo entronca con Polibio, que fué el primer filósofo que formuló la doctrina que la sociedad tiene por exponente la fuerza. Es también notorio que el autor de "El Príncipe" leyó Aristóteles y Platón, y que fué devoto de "Las Vidas Paralelas" de Plutarco. El hecho de haber escrito sus famosos discursos sobre "Tito Livio", viene afirmando su conocimiento profundo de uno de los historiadores más notables de Roma. Los autores de "La Historia del Pensamiento Social", descubren que Maquiavelo tiene puntos de contacto con el filósofo árabe Abenjaldun, a quien asignan un alto significado para la cultura humana, y al que señalan como el precursor del ideario sociológico de varios escritores positivistas.

Con relación a la influencia de Maquiavelo, hay que distinguir dos líneas: una de carácter activo y otra exclusivamente doctrinal. En la primera línea se debe situar a la Reina Cristina de Suecia, quien comentó con anotaciones polémicas "El Príncipe", a Federico el Grande de Prusia, que

escribió el Antimaquiavelo con prólogo de Voltaire y a Napoleón que estudió el manual del Maquiavelismo, y hoy es posible informarse en ediciones corrientes de las notas marginales que dedicó a esta obra en distintos momentos de su vida política, como cónsul, como emperador, y como desterrado en la isla de Elba. Napoleón define así la obra de Nicolás: "Tácito ha escrito novelas, Gibbon es un narrador de cuentos de hadas. El único libro político que se puede leer es el de Maquiavelo". Otros políticos eminentes también han rendida culto a Maquiavelo. Entre ellos hay que citar a Cavour, el creador de la nueva Italia, que considera al autor de "El Príncipe" como el profeta del resurgimiento y como un santo mundial. También Maquiavelo tiene resonancia en el libro "El Tirano" del poeta Alfieri, cuyo título explica el contenido de la obra. Mazzini, otra figura del resurgimiento italiano recibió las fuerzas estimulantes de Nicolás. Entre los escritores políticos de Rusia, Lenin recomienda su lectura como "un veneno contra la estupidez". Mussolini al recibir el título de doctor honoris causa de la Universidad de Milán, leyó un estudio sobre el nacionalismo de Maquiavelo como constructor de la unidad de la península.

En la otra línea puramente doctrinal sin atingencias a la acción, que es mucho más prolongada y robusta, desborda con su bibliografía el límite de una simple conferencia. Con todo, vamos a citar en apretada síntesis algunos filósofos y sociólogos que han recibido las irradiaciones mentales de la ideología de Maquiavelo. Entre las figuras de la ilustración, revelan su simpatía por sus doctrinas Montesquieu y Rousseau. El autor de "El Espíritu de las Leyes", coincide en varios aspectos con Maquiavelo, mientras que Juan Jacobo lo proclamó el precursor del republicanismo.

Entre los sensualistas británicos podemos citar a Hobbes y a Jeremis Bentham. Basta señalar los nombres de los famosos filósofos para que despierten en la mente las evocaciones de sus doctrinas, que sitúan la base de sus pensamientos en el placer, en el egoísmo y en las realizaciones de la fuerza. Estos filósofos, cuya genealogía tiene sus raíces en el árbol de Epicuro y Demócrito, se nutrieron de la savia del Maquiavelismo. Un paralelo entre las formas doctrinales Hobbes y Maquievelo no sería difícil, pero en cambio ofrece algunos obstáculos el hacerlo tratándose de Bentham, cuyos puntos de vista políticos y sociales coinciden sólo en algunos aspectos, sobre todo, en el momento en que el filó-

sofo utilitarista en la segunda etapa de su vida mental, se transformó al conservadorismo.

La influencia de Maquiavelo sobre el pensamiento social y político de Nietzsche se destaca en su obra "La Voluntad de Poder", y por identificarse en notables concepciones sobre el hombre y sobre el triunfo de los fuertes.

Gustavo Le Bon, autor francés que popularizó sus teorías sobre la psicología de las muchedumbres, es un discípulo de Maquiavelo al sostener que la mentalidad de las multitudes es inferior y que pueden ser arrastradas por la oratoria de un demagogo. En este mismo sentido coincide con Maquiavelo el sociólogo inglés Spencer.

Entre otros aspectos, Hegel, como lo hace notar el Conde Sforza, recibe también la herencia mental de Maquiavelo, cuando deja a un lado la filosofía y considera la ciencia política, fundada en la historia y en su propia observación, sosteniendo que es la capacidad del alma humana, los intereses y las pasiones, los que pueden cambiar en apariencia, pero no la ley de la historia.

Posteriormente ha surgido una escuela sociológica, inspirada en el pensamiento del autor de "El Príncipe", a la que James Burnham, llama los "maquiavelistas" y cuyo propósito primordial de estudio es el descubrimiento de la verdad de los hechos del mundo social humano y principalmente los que intervienen en la lucha por el poder. Maquiavelistas son para Burnham: Mosca, el sociólogo que ha estudiado la composición del carácter de la clase dirigente, sus tendencias y las mejores y peores formas de Gobierno; Sorel, que ha orientado la función de la violencia como un gran mito y estímulo del movimiento social del sindicalismo, para la realización de hechos heroicos; Michels, quien plantea los límites de la democracia, considerando a este método de gobierno, con defectos evidentes y cuyo sistema político debemos elegir y aceptar como un mal menor; y Pareto, que establece su tendencia sociológica sobre la conducta irracional y la conducta lógica y sobre los residuos sociales que son los instintos. El sociólogo Pareto entre los maquiavelistas, es posiblemente el más apegado y consecuente discípulo del maestro Nicolás, que exalta los valores biológicos y primarios del hombre sobre los valores intelectuales y éticos. A estos sociólogos maquiavelistas, estudiados por Burnham, cabría añadir a Segismundo Freud, que considera al hombre guiado por sus fuerzas vitales y por la tendencia a im-

ponerse por la violencia, aunque estando capacitado para su transformación y educación por medio del psicoanálisis.

Así, pues, vemos que el maquiavelismo vive en la mente de altas figuras del pensamiento antiguo y contemporáneo, porque donde existe palpitante y desnudo es en la carne y en el espíritu del hombre.

— V —

Maquiavelo conocido profusamente como el autor de "El Príncipe", ofrece para la investigación de su obra completa el aporte de varias obras teatrales, su abundante correspondencia, el Arte de la Guerra y los Discursos sobre Tito Livio.

Desde el punto de vista de la experiencia social, política y diplomática no se comete ningún error de crítica al afirmar que los Discursos sobre Tito Livio, ofrecen un insigne caudal de conocimientos que sitúan esta obra, en la cumbre de todos los escritos por el genio de Maquiavelo. Si "El Príncipe", ha sido objeto de las más contradictorias y apasionadas controversias, los Discursos sobre Tito Livio, que contienen la misma doctrina maquiavélica se ofrecen como un anticipado texto de sociología. Maquiavelo extrae de la obra histórica de Tito Livio sobre la vida romana, fórmulas y principios de carácter general para su aplicación en la política y en la diplomacia. En los Discursos, hay un contenido humano sapiente y proyectado a todas las edades sin criterio de oportunidad como en "El Príncipe". Cumplida su parábola histórica este libro se consumirá en el incendio de los años, pero el resplandor de su hoguera servirá para agigantar la categoría y la sombra de "Los Discursos", animados por un estilo lúcido, de diáfanas claridades, brillante y de compleja sencillez. Maquiavelo que ha fomentado su fama con el escándalo de "El Príncipe" alza el valor de su gloria con "Los Discursos". Quien estudie las relaciones humanas de orden político e internacional, debe acercarse a meditar sobre esta obra, fuente de conocimientos y maestra de inducciones mentales. Es teniendo presente los Discursos sobre Tito Livio, que Rousseau, proclamó a Maquiavelo como la Biblia de los republicanos, porque en ese libro el secretario florentino se presenta partidario del régimen de la república romana, administrada por cónsules, representado el pueblo por un senado y bajo la vigilancia del propio pueblo. Tam-

bién contiene esta obra nutridas enseñanzas de orden diplomático, que complementan algunas que están enunciadas en "El Príncipe".

La vasta literatura que existe sobre la interpretación de la doctrina de Maquiavelo y especialmente sobre "El Príncipe" ha hecho necesario, el establecer una clasificación sistemática de ella y que pasamos a enunciar lo más brevemente posible.

Maquiavelo hombre de su tiempo.—Lo más importante sobre esta interpretación, fué realizado por el historiador y ensayista británico Lord Macauley, quien dice que cada época y cada pueblo tienen ciertos vicios característicos, que predominan casi universalmente. Las generaciones que se suceden cambian de moda moral, como cambian de vestir y al tomar bajo su protección nuevos estilos de perversidad, se admiran y se espantan de la depravación de sus antepasados. En el caso de que se trata —agrega Lord Macauley— lo ha tocado a Maquiavelo, cuya moralidad si difiere de la de sus contemporáneos, es porque era mejor y cuya única falta, ha sido la de haber expresado con mayor energía que otro alguno, las máximas que se profesaban en su época.

Doctrina oportunista.—No pocos tratadistas de derecho público y diplomático, consideran el ideario de Maquiavelo como una forma circunstancial de pensamiento, que responde a un momento dado de la historia del Renacimiento, y que cumplida su función transitoria, hoy no tiene importancia. Estos tratadistas atribuyen el prestigio de las doctrinas de Maquiavelo al genio de quien las transmitió como reflejo del medio ambiente. Valen las doctrinas de este autor, por el momento y por la autoridad de quien las dijo.

Sátira contra los príncipes.— Algunos comentaristas de Maquiavelo han creído descubrir que "El Príncipe" fué una sátira contra los gobernantes italianos, entregando de este modo indirecto un arma de lucha a los pueblos contra sus déspotas. Esta posición ha sido perfilada principalmente por el notable crítico italiano De Sanctis, quien considera que "El Príncipe" es un tratado irónico, mediante el cual imparte un aviso a los pueblos, para que defiendan sus derechos. En esta forma "El Príncipe", sería una obra paralela

a la Gatomaquia de Lope de Vega o, a la Isla de los Pingüinos de Anatole France.

• **"El Príncipe" como obra de arte.**— Quienes defienden esta posición mental, colocan a Maquiavelo en el mismo horizonte estético que al poeta frente a la realidad, que es transformada por la fantasía a través de su temperamento, exaltándola como visión nueva y distinta. Sería Maquiavelo como un pintor que frente a la figura humana, la deforma, para infundirle vitalidad y espíritu. En este sentido Maquiavelo representa la acción de una voluntad estética como Miguel Angel, Ticiano o Rafael.

Dentro de este mismo marco estético se considera a la obra de Maquiavelo un exponente del humanismo del Renacimiento, como forma de exaltación del hombre y de la cultura heredera de la riqueza mental del paganismo antiguo y sobre todo de la cultura romana. Esta interpretación estética de la obra de Maquiavelo, podría ser comentada con la frase hedonista de Oscar Wilde: "No hay libros morales ni inmorales. Los libros están bien o mal escritos simplemente.

Interpretación nacionalista.— "El Príncipe" de Maquiavelo ofrece en el estudio del fenómeno del nacionalismo, un aspecto de extraordinario interés. En la vida del Renacimiento italiano se produce la presencia de diversas corrientes sociales, para buscar la paz y la concordia entre los hombres y los pueblos. Dante en su Monarquía, es el más viejo precursor de la actual Organización de las Naciones Unidas, que en su fervor idealista había soñado en la creación de la liga universal de los pueblos del mundo conocido. Dante aparece como reconstructor poemático del disgregado imperio de los Césares. Maquiavelo sitúa su concepción política en un ángulo realista. Observa que los pequeños estados de la península itálica, gobernados por una muchedumbre de príncipes, despedazados por odios y por el furor de egoísmos, están llamados a concentrarse en una confederación que los fusione bajo el mando de un estado fuerte. La penetración genial de Maquiavelo, hizo descubrir en los pueblos de la península itálica un estilo unánime de vida con la difusión del toscano que se imponía como lengua literaria sobre los dialectos regionales, y percibir también costumbres análogas que los diferencian de los franceses y austriacos. Las características que identificaban a di-

chos pueblos los unían más que distanciaban por un hecho diferencial. Maquiavelo aprecia y siente que en la península de Italia existe la emoción de la tierra natal, el sentimiento amoroso de la patria y el hecho vivo de estar aquellas regiones separadas por odios aislacionistas, pero soldadas por sus bases por una sola expresión geográfica sobre el Mediterráneo. Lo que faltaba es que esta nación espiritual se convierta en un estado, y este es el pensamiento que por primera vez deja escuchar Maquiavelo a los italianos.

El autor de "El Príncipe" veía en Italia "Un país sin cabeza, ni orden, aporreado, desposeído, desgarrado e inválido, destinado a sobrellevar toda clase de penalidades". Es bajo el estímulo del pensamiento patriótico que Maquiavelo exhorta a los italianos para libertarse de la amenaza de los bárbaros, que no eran otros que los franceses y los alemanes, y hace un llamado heroico para la unión de las regiones dispersas. "El Príncipe" en este sentido es un grito de angustia patriótica, frente a la destrucción y al aniquilamiento producidos por las luchas intestinas y por la división de los partidos. Frente a tal situación Maquiavelo, construye en "El Príncipe" un sistema político, puesto en manos de un libertador, que sea un condottiero, que reúna las esencias de la "virtú" el príncipe fuerte, realizador del estado potente. Es en este libertador ilusorio, que Maquiavelo deposita toda su fé y le brinda en "El Príncipe" una serie de consejos que señalan que toda política por cruel, por astuta, y por pérfida que sea, es buena como lo es la fundada en la voluntad de poder, y en la fuerza, para alcanzar el alto y noble fin de la unidad italiana.

Maquiavelo escribió "El Príncipe" con la misma frialdad que emplearía un cirujano para instruir sobre el curso de una operación quirúrgica. Enseña el manejo diestro de los instrumentos brillantes y acépticos, les da su aplicación rápida y oportuna, indica el momento en que se deben practicar los cortes por audaces que sean sin temblor ni pavora a romper vasos arteriales, seguro de la drástica aplicación de cauterios, hemostáticos y ligazones.

Interpretación política.— En este aspecto es necesario indicar que la obra de Maquiavelo, es un demiurgo cambiante, que ha recibido diversas interpretaciones, según los momentos históricos y las necesidades políticas de los pueblos

y de los dirigentes de ellos. Combatido por los católicos, atacado por los protestantes, fué también objeto de la reprobación de los liberales y conservadores, teniendo igualmente corifeos fervorosos en todos los campos. El totalitarismo contemporáneo ha creído encontrar en las doctrinas de Maquiavelo una brújula para orientar y servirse de norte para sus ideales. Hitler y Mussolini se han declarado partidarios de los métodos de "El Príncipe", ya no como fuente nacionalista, sino como cartilla preceptiva, puesta al servicio del crimen, de la mentira del engaño y del culto del éxito, situado por encima de todo respeto a la dignidad y al derecho de los hombres. En la actualidad renace Maquiavelo en manos del totalitarismo comunista. La táctica política de los soviets no sólo ha sido aprovechada en toda la magnitud de la impureza maquiavélica, sino que ha sido deformada de tal modo que el maestro quedaría aterrado de sus refinados discípulos. Desde el punto de vista de la democracia, situada en cualquier ángulo de las ideas en concepción del gobierno, el maquiavelismo es repudiado por ser un ingrediente activo de la fuerza y de las formas doctrinarias que ella representa. El pensamiento democrático, en constante perfeccionamiento ascensional idealista y sometido a la prueba de toda clase de dificultades, tiene que combatir a quienes se sirven de las ideas de Maquiavelo, para fines de perversión y de dominio, imponiendo las formas de la zoocracia, frente a la democracia, es decir, el reinado del centauro Quirón frente a los derechos y a los deberes del espíritu.

La interpretación económica.—A las diversas interpretaciones anotadas sobre "El Príncipe", debemos agregar la que fué enunciada por el notable filósofo italiano Benedetto Croce, quien sostiene que Maquiavelo es el descubridor de un nuevo momento del espíritu humano: el económico, significándolo como un precursor del materialismo histórico de Marx.

Estas diversas visiones del Maquiavelismo, indican que es necesario estudiar la obra del ilustre florentino y también a sus múltiples comentaristas y críticos. Se impone el estudio de Maquiavelo en nuestros días, porque es la mejor forma de conocer las armas de quienes buscan el poder por la astucia y el engaño y que se imponen por la fuerza.

Sea cual fuere el punto de vista que se utilice para interpretar a Maquiavelo, es una verdad que Maquiavelo vive,

que Maquiavelo está siempre presente, así en la política como en la diplomacia.

— VI —

La riqueza de elementos de tipo diplomático que contienen los escritos de Maquiavelo, ha determinado que la lectura de las obras del Secretario Florentino, sean favoritas de los estudiosos de las actividades internacionales, por la suma de conocimientos que pueden cosechar, para la ciencia y el arte de las relaciones entre los pueblos.

Debemos recordar que Venecia llevó el arte de la diplomacia a una elevada altura de perfección, y que Milán fué el primer país europeo del siglo XVI que creó la institución de los embajadores. La diplomacia de todas las regiones italianas, tenía el mismo aire de familia, de tal modo que la obra de Maquiavelo reviste importancia, por haber sistematizado estas prácticas empíricas, cristalizándolas en fórmulas intelectuales de expresión perdurable.

Al lado de las obras de Maquiavelo, es necesario anotar como un complemento de la actividad diplomática del Renacimiento italiano a El Cortesano, por Castiglioni, que ofrece el relieve de ser al mismo tiempo que un tratado de urbanidad y buenas maneras para la conducta discreta del caballero en la vida social, un curso de enseñanzas para el diplomático. Este libro, junto a El Oráculo de Discretos de Baltazar Gracián y a El Diplomático de Jules Cambón son útiles en la actualidad para los estudiantes de diplomacia, en función de la vida de sociedad.

Como el campo de experimentación diplomática en la obra de Maquiavelo es muy extenso, trataremos de realizar una síntesis de sus ideas centrales, sometidos a la tiranía del tiempo y a la cuadrícula del espacio. Lo que busca la diplomacia maquiavélica es la seguridad del estado, sosteniendo que la existencia de elementos negativos, como el deseo de dominar y la envidia del otro, crea una situación permanente de temor y de repulsa, siendo éstos los ingredientes que fomentan las situaciones bélicas. Establece que la vecindad de los estados no sirve para "unirles con los lazos del amor y de la amistad", sino que los separa por la presencia de los apetitos de la ambición y del odio. Así el estado maquiavélico, dominado por el egoísmo, representa la suma total de los egoísmos individuales que lo componen.

Cree que la única forma de mantener la anhelada seguridad del estado se consigue por medio de la guerra triunfal, como expresión de la potencialidad militar y económica del estado vencedor .

Como formas esenciales de la seguridad del estado, Maquiavelo considera que la neutralidad no evita la guerra que se teme, sino que simplemente la posterga. Por esto, estima que el diplomático debe conocer la naturaleza de la guerra, para predecir sus resultados, sobre todo, apreciando que el fin último de la diplomacia es el triunfo sobre el adversario y la conservación de su alta superioridad. El diplomático tiene que saber el diagnóstico del conflicto bélico, la clínica de su curso y finalmente augurar con certeza sus resultados. Preconiza, como otro modo de obtener la seguridad del estado el sistema de alianzas, que pueden formarse o deshacerse, según la oportunidad y su provecho inmediato.

Maquiavelo, como elementos necesarios en la técnica diplomática, señala el conocimiento para el funcionario de la retórica, es decir, de la palabra oral y escrita. Además debe ser erudito en materias clásicas, historiador, geógrafo y perito en ciencia militar, disponer de un gusto refinado por las bellas artes, ser políglota, hombre de fortuna y de belleza física.

Como Maquiavelo sobre todas las condiciones mentales de político y diplomático es un conocedor de hombres, considera como una de las principales funciones del representante de un país en otro, es realizar un estudio de la psicología de las figuras representativas que gobiernan y del pueblo en que actúa. En este sentido son notables sus informes sobre Francia y Alemania, De estas observaciones de tipificación de los países, Maquiavelo deriva la capacidad del oficio diplomático, es decir, de la percepción que tenga el enviado, para juzgar certeramente sobre la paz y predecir conflictos entre pueblos y finalmente la guerra.

Sobre las características del arte diplomático, hay algunas que hoy debido a la rapidez de las comunicaciones han quedado situadas en segundo plano. En el siglo XVI el diplomático viajaba provisto de instrucciones secretas, a las que debía ceñir su actuación. Maquiavelo redactó las famosas instrucciones para el Embajador Rafael Gerolami, que hasta por su precisión, su lógica, su riqueza de conceptos, su espíritu de previsión, constituyen una obra maestra, que

todavía no ha sido superada. En estas instrucciones Maquiavelo dice, que el enviado debe obrar con lealtad y suficiencia. "Solo obra —dice— con suficiencia el que en función de saber no se limita a ajustarse estrictamente, fielmente a la comisión recibida, sino que creadoramente la lleva a cabo, mediante una decisión libre entre las posibilidades que su situación le brinda". Según este pensamiento el diplomático no es un simple comisionado, sino un representante genuino del gobierno y del pueblo de su patria.

Maquiavelo determina que el valor principal del diplomático reside en ser cabal informante. La primera condición del informador para Maquiavelo, es sorprender o adueñarse de los "secretos si los hubiere", y luego sienta como fundamental en la información la presencia de la "sabia conjetura", considerando que una información certera y cabal, permite al representante obrar sabiamente, para que su gobierno pueda "precaverse, prevenirse y deliberar sobre los negocios" con pleno conocimiento de causa. Maquiavelo aconseja que un informante diplomático perfecto debe abarcar el pasado, el presente y el futuro de una situación determinada. Encarece la imparcialidad en el informe, para su mayor eficacia, además que el diplomático tenga oídos muy finos, para que sepa escuchar y gravar con precisión en su memoria, todo cuanto escucha, sin introducir la deformación de sus propios deseos o intenciones, con el objeto de satisfacer a su gobierno.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La palabra, es para Maquiavelo un importante instrumento de la diplomacia. Aconseja que el representante debe moverse en medio de las palabras como el pintor entre los colores y el músico armonizando instrumentos. También considera las palabras como vigías y elementos de exploración, e igual que Leonardo de Vinci, indica que las ideas son los soldados y la voluntad, el jefe que las conduce. De este mismo concepto retórico de la diplomacia se desprende aquella idea de que las palabras sirven para ocultar el pensamiento. Con todo, se puede observar que Maquiavelo en sus obras tuvo buen cuidado de emplear la palabra "mentira", y sólo alguna vez habla de la "necesidad de esconder una cosa con palabras", indicando que la "ocultación de la cosa ha de hacerse de modo que no aparezca preparada y si aparece esté preparada y presta a la defensa".

Dos aspectos interesantes de la técnica del diplomático según Maquiavelo, son los que se refieren al arte de la ne-

gociación de instrumentos que regulen las relaciones internacionales entre los estados. Como el primer elemento indispensable de la negociación Maquiavelo hace figurar "el tacto", es decir "aquel sentido peculiar que acomoda la propia conducta a las circunstancias singulares de tiempo, lugar y persona". Como el segundo elemento aconseja al negociador el histrionismo del gesto de la palabra. "Quejarse —dice— rebajarse, halagar, protestar, mostrarse indignado, cauto, discreto, torpe, astuto, y todo al mismo tiempo". En estas expresiones de escalofriante desnudez se percibe claramente el sello de la diplomacia maquiavélica.

En este mismo aspecto de la técnica diplomática, Maquiavelo diserta sobre el papel que es necesario dar al tiempo, como ingrediente de la negociación. Tener paciencia, tenacidad y saber esperar, y sobre todo dar a la esperanza el significado real que encierra, sin vuelos falsos.

Maquiavelo sitúa por encima de todas las condiciones superiores del diplomático, el patriotismo y la lealtad a su bandera. Es evidente que el representante de un país debe ser fiel a su patria, pero el florentino, coloca esta lealtad en una jerarquía supervalorada, es decir, que esta lealtad del diplomático debe llevarse al extremo de no identificarlo en modo absoluto al ambiente social y popular y a los hombres donde ejerce sus funciones, para tener libertad de movimientos, sin sufrir en determinado caso, ninguna presión de simpatía por el medio circundante.

Finalmente debo decir a ustedes jóvenes estudiantes que el conocimiento de la diplomacia maquiavélica es necesario para la educación de los futuros representantes de un país en el extranjero. Las lecciones del pasado, no sólo constituyen una fórmula útil y saludable, sino que son además gimnasia de la mente, como un juego para dar destreza a las células cerebrales y dotarles de una agilidad de gestos y posturas elásticas, que guardan el tesoro de la experiencia, para realizar el presente y preparar el futuro de sus propias conductas.

Quito, Mayo 22 de 1951.